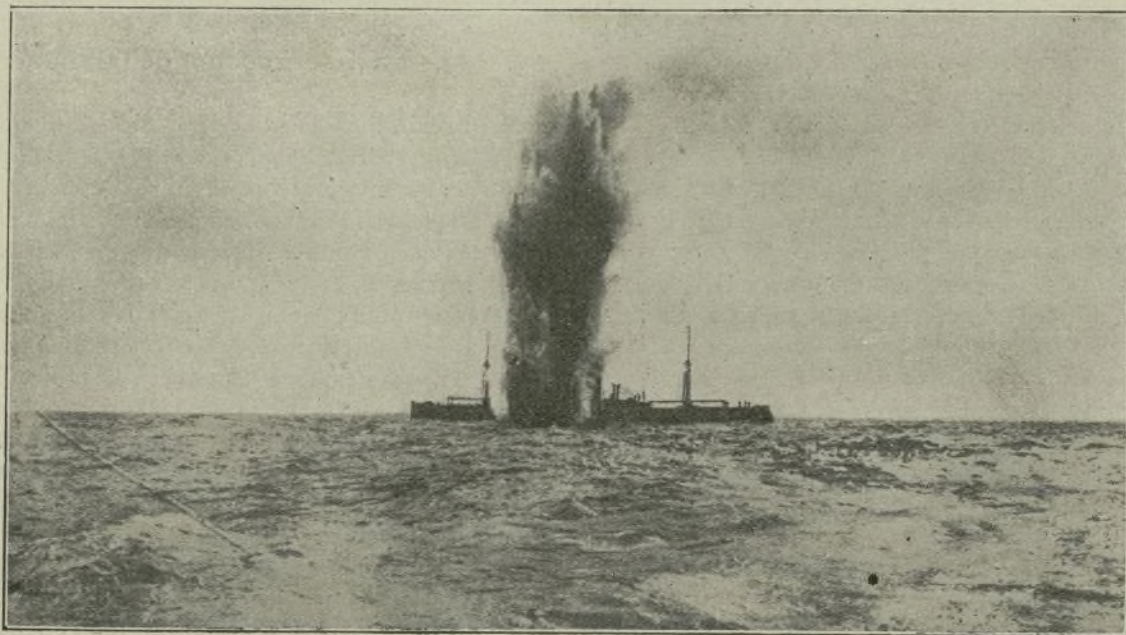


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 107.—BARCELONA 12 DE MAYO DE 1916



Explosión de un torpedo, disparado por un submarino, en el momento de dar en el blanco

CRONICA INTERNACIONAL

I. Rusia y sus aliados.—II. La insurrección de Irlanda.—III. ¿Se puede vivir en paz?—IV. Las relaciones germano-americanas

I.—Rusia y sus aliados

Rusia está fatigada, ahita de guerra. Ni los continuos cambios de ministros, ni la censura de la prensa, ni los cierres inesperados de la Duma, ni las reclamaciones de los grandes industriales, ni nada de lo que se trasluce de cuanto allí acontece, dejan lugar a la menor duda. El pueblo se ha desengañado, se ha convencido de que la victoria, si pudo ser posible, ya no lo es, y que cuanto más se prolongue la guerra tanto más angustiosa se hará la situación interior. Las victorias sobre los turcos no entusiasman, porque no es en Armenia donde se fija la atención pública, y además, la experiencia amarga hace temer a todos que aquellos éxitos sean flor de un día. Se vaticinan males en aumento, se da pábulo a toda suerte de fantasías, lo mismo favorables que beneficiosas, pero en el fondo la nación se cree derrotada y ansía volver a la paz lo antes posible. Sólo la Rusia oficial impone el criterio de resistir hasta el final, y como en aquel Imperio no hay opinión pública en el sentido que a esta frase damos en Occidente, los deseos de unos pocos imperan; sin que llegue a oírse la voz colectiva, de una colectividad que aún no sabe expresarse.

Ha fracasado el empréstito interior. Aunque Rusia es pobre, hay ciertamente en el Imperio mucho más dinero del que ha acudido a la suscripción, pero

sus tenedores se retraen porque su concurso se traduciría en la prolongación de la lucha y en el crecimiento de las cargas y males de la nación; a nadie le gusta ponerse él mismo el dogal en el cuello. Inglaterra ofrece a Rusia el dinero que necesita, pero en condiciones que los eslavos no se deciden a aceptar. Valiéndose de los anticipos anteriores, Inglaterra ha encontrado la manera de fiscalizar e intervenir en las compras y adquisiciones de material de guerra, primer paso de la maniobra que daría por resultado la tutela económica de Inglaterra sobre su aliado. Ahora no se satisface ya con esa intervención y pretende que las sumas que adelante se inviertan precisamente en material adquirido en Inglaterra, es decir, el método que los yankees aplicaron a sus excelentes clientes franceses y britanos. Rusia se resiste; Francia no cuenta con fondos bastantes para aliviar la posición económica de Rusia, e Inglaterra persiste en obtener todo el provecho posible de su ventajosa situación. ¿Qué acontecería en definitiva? Por falta de dinero no acabará la guerra; seguirá la lucha, sin perjuicio de que Inglaterra, aunque por fin ceda, apriete un poco más las clavijas a su inocente y candoroso aliado del Oriente de Europa.

Donde no hay harina, todo es mohina, dice un proverbio español, y tiene razón. Los sentimientos eslavos, lanzados y sostenidos contra los germanos, comienzan a salir de su letargo y se dan cuenta de

que su mayor enemigo, su más antiguo y natural adversario, es Inglaterra. A ello ha contribuido no poco la escasa circunspección de los ingleses cuando lanzaron la idea del concierto económico entre los aliados, descubriendo su juego antes de tiempo. Rusia estaba sometida al comercio e industria alemanes; se ha querido desterrar ese predominio alemán y substituirlo por el británico, y eso ha sido rechazado por el país, tanto por la carestía que sobrevendría al punto, como porque equivaldría a ponerse en manos de Inglaterra, tanto en lo que atañe a Europa como en lo que toca a Asia, mientras que Alemania sólo proyectaba sombra en las provincias limítrofes, y no era de temer en las asiáticas.

Se defiende bastante bien Rusia contra esas asechanzas y ambiciones de sus amigos de hoy y declarados adversarios ayer y... mañana; con todo ha dado un paso en falso, que le puede costar caro, con el envío de unas pocas tropas a Francia. Un puñado más de miles de hombres, siquiera sean rusos, al lado de las huestes del general Petain, ni añadirán ni quitarán nada a la gloria ni a los éxitos o derrotas de los ejércitos franceses; pero la presencia en Francia de esos destacamentos anuda y estrecha la alianza franco-rusa y hace mucho más difícil que antes una paz separada con Alemania. Con sus oficiales y soldados Rusia acaba de dar una garantía verdad de sus propósitos y de su fidelidad a la alianza. Nada tendría de extraño que se arrepienta más adelante, porque no basta contar con la propia voluntad, hay que tener presente la del enemigo.

No se ha declarado, pero tampoco es menester para tenerlo por cierto. Este compromiso que ha contraído Rusia, esta ayuda moral que ha reanimado algo el espíritu, harto decaído con razón, de los patriotas franceses, habrá sido debidamente compensado con el envío a Rusia de algo de lo que abunda en Francia y escasea en Oriente: ¿material? ¿viveres y primeras materias? ¿fondos? ¿Quién sabe! Rusia no es ya la misma que hace dos años, y aunque todavía no puede competir su diplomacia con la de Occidente, se ha hecho más cauta y desconfiada.

Si juzgáramos lo que va a suceder, tomando como base el estado de los pueblos, Rusia sería la primera nación en pedir la paz; hay, sin embargo, en ella tal dosis de fatalismo, llamado resignación, una ignorancia tan grande y una paciencia de tal naturaleza, que la nación propiamente dicha, poco o nada pesará en las resoluciones que se adopten. Si los alemanes quieren mover la opinión, o si, simplemente, los pacifistas rusos realmente patriotas desean que sus consejos sean escuchados, habrán de valerse de procedimientos más ruidosos. El desacuerdo interior podría tomar caracteres más agudos con rapidez, si la fortuna sigue negando sus favores a los ejércitos del czar, porque en las altas esferas de la política hay muchos personajes descontentos y las divisiones en el seno de los burócratas y elementos directores van en aumento. Como quiera, ha de afirmarse que hay menos probabilidades hoy que hace diez meses de que el pueblo ruso se imponga y obligue a cesar la guerra; marchará dócilmente, sin esperanza, por el camino que se le traza, hasta que los gobiernos se encuentren privados de la existencia material que necesitan. En conclusión: no se vislumbran señales de que Rusia esté próxima a cam-

biar de actitud; tal vez un nuevo desastre en el N. o en el S., modificará esta consecuencia; en cambio, tampoco se advierten síntomas de que Rusia crea en una paz victoriosa. Metida en la guerra, le falta valor moral lo mismo para salirse que para poner con decisión todas sus fuerzas y energías en el platillo de la balanza; es una inmensa mole entregada exclusivamente a la fuerza de la inercia. Tanto como Alemania, podría Inglaterra hacerla saltar, si no pone término a sus desmedidas exigencias y condiciones.

II.—La insurrección de Irlanda

La nación que defiende (!) a los pueblos oprimidos y la libertad de Bélgica, Serbia y Grecia (?), acaba de ahogar en sangre los intentos de libertad del pueblo irlandés, sometido desde centurias a la tiranía de la nación que le oprime, que ha dejado yermos sus campos, deshabitadas sus provincias, y dejado sentir sobre el débil los odios de religión y raza. Lo cual no impide que todavía se llenen la boca los ingleses con las palabras de libertad, protección al débil, defensa de las nacionalidades... ¡Cuánto sarcasmo! ¡Cuán lejos estaba de sospechar mister Asquith, al censurar el discurso de Herr Bethmann-Hollweg, que él sería el primero a quien las circunstancias pusieran en el caso de dar la razón, en el terreno de los hechos, al gobernante alemán. Si algún lema cuadra a Inglaterra es éste: «¡Justicia... y no por mi casa!». Excelentes palabras, muy buenas teorías, y las realidades por otro lado. Aprenda Grecia en la cabeza de Irlanda, porque los ingleses emplearán, como han empleado siempre, iguales medios para proteger al humilde y desarmado. Holanda fué más previsora, pero lo pudo ser por encontrarse en contacto inmediato con Alemania; de otro modo, es evidente que habría ya gozado de las ventajas de la protección y defensa de que goza Grecia y que han llegado a su más alto grado en Irlanda.

Era de prever que el alzamiento sería sofocado con tanta energía como rapidez, y la represión no hubiera tenido nada de reprochable ni extraño, de no mediar en el caso las circunstancias especialísimas de Irlanda, víctima infeliz de su hermanastras. Las naciones defensoras del derecho y de la civilización no han tenido una palabra de piedad para el pueblo irlandés, como tampoco mentaron apenas los martirios de la desdichada Polonia; los tiranos son los alemanes, que aún no sabemos á quienes tiranizan y oprimen. Lo que no se sospechaba es que en Irlanda estuviera el terreno tan abonado para la insurrección. Algo debía de sospechar el Gobierno cuando excluyó a la verde isla de la ley del servicio militar obligatorio y mantuvo allá una vigilancia exquisita a todo lo largo del litoral, meses y más meses, además de poner fuertes guarniciones en los puntos principales.

De Alemania parten frases de aliento y promesas de redención a los irlandeses, y ello es natural estando en guerra; si Alemania pudiera ¿quién dudará de que devolvería la independencia a Irlanda, aunque no fuera más que por debilitar a la tirana del mundo?

Para Inglaterra, los acontecimientos pasados son un contratiempo serio; no sabemos qué repercusión tendrán en las tropas irlandesas que luchan en los

varios frentes, pero no se dejarán de tomar precauciones que cohibirán y dificultarán aún más el mando; recrudecerán las pasiones de los muchos irlandeses que hay en el Norte América; y los gobernantes de Londres tendrán siempre que estar atentos a una hoguera que se cubre superficialmente de cenizas, sin extinguirse jamás y reavivándose de tiempo en tiempo.

En otro aspecto, el alzamiento corrobora el extraordinario poder de Alemania; bloqueada y encerrada en Europa, lejos de perecer ni de amilanarse, levanta a Turquía, produce conmociones en Egipto y la India, trastornos en el Africa del Sur, redime prácticamente a Tripolitania y ahora estremece a Irlanda; en China conserva su preponderancia, que contiene las ambiciones japonesas; tiene en jaque en los Estados Unidos a los imperialistas belicosos; despierta a los finlandeses y a los ucranios; acalla a los rumanos; y extiende sus simpatías por todas partes. ¿Cuál es el secreto de esta fuerza? Uno solo, que toma mil modalidades: frente a naciones fuertes que pretenden monopolizar el derecho y la libertad, pero cuya rapacidad secular va en aumento, el mundo contempla con asombro una nación viril, poderosísima, respetuosa con todos, que todavía no ha maltratado a nadie y cuyos delitos consisten en trabajar más que sus rivales y haber reivindicado las provincias de Alsacia y Lorena que por ley histórica le pertenecían y sustraído a una parte de Polonia del yugo ruso para que gozara de los beneficios de la administración imperial. Hasta el presente momento, Alemania es el único ejemplo de nación substancialmente fuerte que ha respetado a las demás; ya sabemos que más o menos pronto hará lo mismo que otras, porque es imposible substraerse al proceso de la humanidad, pero mientras este momento llega, convengamos en que el Imperio alemán merece el odio y furor de las tres grandes aves de rapiña que han querido repartirse el mundo: Inglaterra, Rusia y Francia.

III.—¿Se puede vivir en paz?

Hemos pasado por las delicias de las fantasías anglo-francesas sobre todos los pueblos europeos; moverían a risa si no pasaran de ahí. Se agitó primero el espantajo búlgaro contra los Imperios centrales; luego, el griego; después, el holandés; más tarde, y con insistencia abrumadora, el rumano; y siempre el de los Estados Unidos. Así se iba manteniendo el fuego sagrado de la esperanza en el corazón de los maltratados por la diosa de la guerra. Eran pocos trescientos millones de europeos y un sinnúmero de guerreros de todos colores contra ciento cincuenta millones de europeos, y se esperaba que otros sumandos decidirían la victoria. El argumento no era muy airoso para los que lo jaleaban; casi les ponía en ridículo, como está sucediendo ahora con los rusos que van a combatir al lado de los franceses, sin duda porque no bastan los millones de ingleses, contra un puñado de alemanes, pero con buena voluntad, y más aún, cuando la necesidad aprieta, se descubrían motivos de vanagloria y envanecimiento: para algo ha de servir el talento de los literatos y oradores.

Todo esto podía pasar cuando se trataba de pue-

blos alejados; las puertas se han ido cerrando a los aliados, unas de golpe y otras con suavidad; ha sido menester llamar a otras; fácil ha sido penetrar por la que estuvo siempre abierta, Portugal; quedaba una y a esa se ha llegado, por fin: la nuestra. El procedimiento para llamar sería hábil, si no estuviera tan manoseado, porque se le repite como quien recita una comedia.

Aquellos periódicos y hombres más o menos eruditos que tanto nos han escarnecido y ridiculizado, hace una temporada—desde que se acabó el espejuelo rumano—que descubren en nosotros todo linaje de cualidades y buenas prendas; no hay que decir que nuestras simpatías están a favor de los aliados y que soportamos los mil manejos arteros de los alemanes; a la vez, se saca a los cuatro vientos un pretendido contrabando que se hace en España con ventaja para Alemania (!!!), y se pinta con los más brillantes colores las ventajas que reportaríamos de estrechar nuestra amistad con los que rara vez se han conducido como amigos con nosotros. Estos son los comienzos; lo demás, ya se adivina.

Sería conveniente que supieran nuestros flamantes admiradores que no somos de peor condición que los holandeses ni los rumanos; que no queremos entrometernos en los negocios ajenos, aunque hay quienes se han entrometido en los nuestros; que sus alardes y jactancias de vencer los han de demostrar con las propias fuerzas; que a los neutrales nos hace formar mal concepto de ellos el que las palabras estén invariablemente reñidas con las realidades; que Dios nos conserva el uso de la memoria; y que, aunque humildes, somos mayores de edad. Con tanta cortesía como firmeza, hemos de hacerles presente nuestro resuelto propósito de que nos dejen en paz. Si ayer no creímos que fuéramos salvajes e inquisitoriales, como afirmaban, tampoco hacemos hoy caso de las flores que nos echan.

IV.—Las relaciones germano-americanas

Alemania ha contestado a la nota de los Estados Unidos en un largo alegato. Promete suavizar la acción de los submarinos, a condición de que Inglaterra abandone los procedimientos de que se vale, contrarios al derecho internacional. Los razonamientos empleados para demostrar este punto, que todos sabemos de memoria, son rotundos y convincentes.

Si, efectivamente, la nota del Presidente Wilson tuvo el carácter de un *ultimatum* con vistas a la ruptura de relaciones, no cabe duda que la respuesta alemana no ha desvanecido la tormenta. Se anuncian los mejores propósitos y deseos, pero en firme no hay otra afirmación que la dicha: Inglaterra fué la primera en faltar; siga otro camino y Alemania hará lo mismo. Las apelaciones a la neutralidad y equidad de los Estados Unidos, es muy posible que hayan coloreado más de un rostro.

Con anterioridad a la respuesta, ha habido gran marejada en las esferas diplomáticas de los dos países. Conferencias de diplomáticos y ministros entre sí y con los jefes de Estado; viajes, consultas... todo el aparato de los grandes acontecimientos. Y como resultado de todo ello, una impresión: se habían dulcificado las relaciones germano-americanas, sin

que en ese cambio de actitud tomara parte la prensa alemana, que no ocultó su indignación ni disfracó la fatiga y el disgusto que le causaba la posición adoptada por el presidente de la Unión. Verdad es que en América no fueron todo flores y aplausos



Soldado austriaco trepando, con ayuda de un cable, a un pico del Tirol

para Wilson, y éste pudo darse cuenta de que estaba jugando con fuego.

Los periódicos ingleses y franceses comentan desilusionados la respuesta de Alemania, como si temieran que ella fuera el principio de algún acuerdo que pusiera término a la «libertad de los mares», para el uso propio de los aliados. Tal vez esperaban que Alemania respondiera con acritud y facilitara la ruptura; si esto creían, olvidaron la ecuanimidad y serenidad que resplandece en todos los actos de la diplomacia alemana, que sólo se inspira en la verdad y en la honradez moral.

Por el momento parece conjurado el conflicto, aunque quizás no sea así. Aun en el caso más favorable habrá nuevos tropiezos. La elección presidencial en los Estados Unidos se aproxima, y allí la política, la diplomacia y el interés de partido forman un conglomerado dado a las mayores sorpresas. Bueno es, con todo, que vaya pasando el tiempo; si las resoluciones más graves se las dejara en suspenso quince días, desde que se adoptan hasta que se ejecutan, ¡cuántas guerras se habrían evitado! Pero la diplomacia, que es el instrumento más tardo que se conoce, procede invariablemente con una precipitación infantil cuando de la paz o de la guerra se trata. ¡Así después se reciben tantos desencantos!

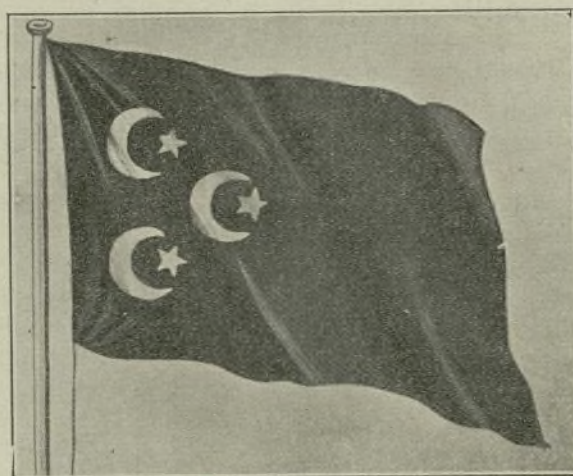
Pudiera ser que la insurrección de Irlanda haya servido de aviso a la república norte-americana. El país de Wilson está ahora únicamente a las ganancias; si el tiempo causa su efecto sedante, es probable que la poderosa nación del Nuevo Mundo no se aventure a aprender en la realidad si otras problemáticas ganancias compensarán o no a las pérdidas. Porque en esa disputa sabemos todos de antemano cómo obrará Alemania, pero ignoramos lo que harán los Estados Unidos.

F. LARÍN.

LOS ERRORES DE SIR EDUARDO

¡Cuántas veces se habrá dicho mister Asquith: si las cosas se pudieran hacer dos veces...! Gravísimo error fué el cometido por su colega y subordinado sir Eduardo Grey—obscurecido y desprestigiado ahora—, con el beneplácito del primer ministro, interviniendo en la guerra con el corazón ligero y creyendo que Alemania se echaría a temblar y capitularía al saber que el omnipotente Imperio británico desenvainaba la espada. Desde entonces, Inglaterra ha tenido que soportar muchas amarguras, pasar por muchas humillaciones y hacer grandes sacrificios; todas las jactancias de los primeros meses han terminado en la misma paladina confesión: hemos de imitar a Alemania, si queremos obtener la victoria. Si otros asuntos de más actualidad no reclamaran la atención del lector, ¡cuán instructiva no sería la copia íntegra de lo que dijeron los políticos y periódicos ingleses de agosto a diciembre de 1914!

El bluff de la escuadra británica, aparato de intimidación más que de acción, debió de subirse a la cabeza de sir Eduardo. Sin saber las fuerzas de que disponía, ni las que necesitaba, se metió en la guerra, creyendo que con soflamas y literaturas serían vencidos los germanos. Aunque Inglaterra saliera a



La nueva bandera egipcia

la postre vencedora, nadie le evitaría ya el estupendo ridículo en que se ha puesto. Tantas bravatas, ¿para qué? ¿para cubrirse de gloria en las reembarcos de Gallípoli, en las retiradas del Tigris y en los descabros de Flandes? Fortuna tuvieron los britanos de hallarse los franceses junto a ellos; de lo contrario,

no les hubieran hecho falta, por lo tardías, esas medias del servicio obligatorio.

Confundiendo la realidad con el deseo, Inglaterra decretó una multitud de disposiciones que, después de andar mucho camino, han caído contra ella. La más sonada, la equivocación más garrafal, ha sido la del bloqueo absoluto de los Imperios centrales. Napoleón, que era un genio, no pudo vencer por este medio a Inglaterra, y sir Eduardo se consideró con fuerzas y condiciones para realizar lo que le estuvo vedado al mártir de los ingleses en Santa Elena. ¡Cuántas locuras hace cometer la vanidad! Tal personaje, que en el corro de sus amigos parece un león del Atlas, ni a la categoría de cordero llega cuando le dan la luz y el aire; por eso, para juzgar de la capacidad y de los talentos de las personas, es menester tener en cuenta el medio en que se manifestaron, observación que casi nunca se hace, pero que debería de ser obligada tratándose de quienes han de dirigir a los pueblos y sumirlos en la guerra. Sometido a este contraste, sir Eduardo no habría conservado su puesto; travieso, hábil y solapado diplomático para los tiempos de la paz, carece del aplomo y de la profundidad de juicio necesarios para la guerra.

que no inhabilitan para seguir rigiendo los destinos de media Europa. El mundo está lleno de contrasentidos.

Porque hora es de que se diga que el bloqueo ha beneficiado a Alemania, más que le ha dañado. Privado el Imperio de algunas primeras materias, las industrias químicas, aguijoneadas por la necesidad, han dado un paso de gigante, tomando mayor delantera que la que ya llevaban sobre las análogas de sus enemigos; se ha hecho más estrecha la solidaridad entre gobernantes y gobernados; ha aumentado la cohesión de las diversas fuerzas y energías; y Alemania ha podido exclamar, con harta razón, que luchaba en defensa de su propia existencia y que la guerra era esencialmente defensiva, cualquiera que fuese la forma militar que revistieran las operaciones. En lugar de sembrar la desunión y la discordia en el seno del Imperio alemán, Inglaterra, con el bloqueo, ha provocado la unidad de voluntades y ha impelido a juntarse todos los alemanes en apretadísimo haz. Esto no es todo, ni siquiera lo más importante; le supera otro punto.

Alegando y escudándose en la amenaza inglesa, que condenaba a morir de hambre a su adversario,



Transporte de artillería turca en el frente de Mesopotamia

Esta se ejecuta con hechos y realidades, y no con palabras, ficciones, amañíos y habilidades. Son hombres de acción los que se necesitan, y no hombres culebras que se escabullen y quedan siempre personalmente bien, pero sin dejar huella ni rastro de nada sólido, positivo y útil.

El referido bloqueo fué la gran torpeza del político inglés. Si Grey tuvo esperanzas en su eficacia, no sabía quién era Alemania, ni tenía idea de las estrechas redes que unen hoy a cada gran nación con todas las demás. Como estadista fracasó, pero no como político, porque tuvo destreza suficiente para que, ni en su país, ni en los aliados, se descubrieran los peligros ni la infantilidad de la medida. Ahora es cuando empiezan a advertirlo, hasta el punto de que en la misma Inglaterra se escribe ya que, para entrar en el principio del fin de la guerra por este camino del agotamiento, habrá que esperar a los últimos meses de 1918; ¡y el bueno sir Eduardo, que creía que en tres meses se agotarían los recursos de Alemania y perecería de hambre el odiado rival! Ninguna gran empresa o sociedad mercantil toleraría a sus directores unas equivocaciones análogas,

Alemania, en defensa propia, ha apelado al empleo de los submarinos, enseñando a los débiles, a los humildes y a los pobres de espíritu aquello que Inglaterra quería ocultarles a todo trance: que los submarinos, sin necesidad de que los protejan fuertes escuadras, son como los milanos del mar, que llevan la confusión y el espanto a los bandos de barcos mercantes, armados en corso o no, metiéndolos en los puertos o hundiéndolos en el abismo.

Sin el bloqueo, el comercio alemán hubiera quedado herido de muerte, porque la flota mercante inglesa supliría con su actividad el hueco dejado por la alemana; el Imperio teutón hubiera contemplado con impotente furor cómo los buques ingleses surcaban tranquilamente los mares en todos los sentidos, mientras los germanos permanecían amarrados en los puertos. Necesariamente, a la larga hubiera brotado el descontento en los comerciantes, numerosos y muy influyentes en el Imperio; acaso se encendiera la chispa de una discordia interior; cuando no, Inglaterra conservara la normalidad del tráfico, más necesario en las actuales circunstancias que en las tranquilas de la paz. Pero el moderno Júpiter britá-

nico desató la tempestad, y el granizo ha ido a caer sobre su propia cabeza.

Gracias al bloqueo, Alemania y Austria volvieron sus ojos hacia los Balkanes y se abrieron el camino de Turquía; gracias a él, redobló el ardor de las tropas que conquistaron las fértiles y abundosas provincias del Oeste de Rusia; la misma causa puso en manos de los alemanes los ricos yacimientos mineros de Flandes, en lugar de las comarcas agrícolas del N. E. de Francia; y, por encima de todo, Alemania lanzó un suspiro de alivio al saber que la flota mercante inglesa era implacablemente perseguida y echada a pique. Cuando se firme la paz, por grandes que hayan sido las pérdidas del tonelaje mercante alemán, quedarán muy por debajo de las del aborrecido britón, con la ventaja para el primero de que los barcos se encontrarán en buen estado, mientras que las naves inglesas, padecidas por una navegación intensa, incesante y forzada, habrán entrado en el período precursor de la inutilidad. No había más que un medio, uno sólo, para que el comercio alemán no fuera derrotado definitivamente, y este medio consistía en algo que justificase el ataque a la marina mercante enemiga: sir Eduardo, desde lo alto de la nube de la gloria inglesa, brindó la justificación a Alemania, que se está dando buena maña en aprovecharla hasta los últimos límites.

Permitiéndose el abastecimiento de Alemania, sin perjuicio de no consentir el contrabando de guerra, y no serían disculpables los ataques de los submarinos; pero desde el punto en que Inglaterra dice y repite que hace la guerra del hambre, el país amenazado tiene más que el derecho, tiene el deber de defender su existencia por todos los medios, y el más eficaz es interrumpir las relaciones comerciales de sus enemigos—como éstos han cortado las suyas—, hundiendo los buques con pabellón adversario. Tal es el servicio que los armadores y comerciantes ingleses, y en general todos los del mundo, tienen que agradecer a la sagacidad y perspicacia de sir Eduardo; el estadista londinense, queriendo perjudicar a Alemania, ha atraído la tempestad sobre Inglaterra. Esto es tan cierto, que, si pudiéramos leer en el fondo de las conciencias alemanas, advirtiríamos que renunciarían a la apertura de sus fronteras si este beneficio lo habían de pagar con la renuncia a la campaña submarina. Con el bloqueo, Alemania no ha perdido nada que no hubiera de todos modos perdido, y en compensación se le ha dado derecho y facultad para herir la cuerda más delicada de su rival y la más temible para ella misma, enseñando, de paso, a los futuros enemigos de Inglaterra, el camino que deben de seguir en circunstancias parecidas.

Faltando abiertamente a todo lo que se había practicado jamás, esto es, a lo que constituía el derecho (?) internacional, Inglaterra implantó métodos de ataque arbitrarios, injustificados y que pugnan con el humanitarismo y la equidad. Justo es que toque las consecuencias, por dolorosas que sean. Sin duda se ignoraba en aquellas latitudes nuestro viejo proverbio español; ¡quien siembra vientos, recoge tempestades!, que en este caso de míseros intereses comerciales, puede revestir esta otra forma: la codicia rompe el saco.

.....

EL DISCURSO DEL CANCELLER ALEMAN EN EL REICHSTAG

Por su innegable importancia, y por ser hasta ahora la única y concreta declaración que procede de los estadistas de las naciones beligerantes, fijando el carácter, los móviles y los objetivos de la guerra, reproducimos a continuación el discurso pronunciado por el canciller del Imperio alemán ante el Reichstag, en la sesión del 5 de abril. Omitimos la primera parte, que se refiere a la situación militar y a los recursos del Imperio para hacer frente al bloqueo, y los últimos párrafos, en que se compara el estado de la guerra hoy con el que presentaba en abril de 1915 y se afirma que Alemania lucha por su propia existencia y su porvenir.

«En su afán de bloquearnos y hacernos morir de hambre, extendiendo así la guerra sobre el pueblo alemán entero, incluso mujeres y niños, Inglaterra y sus aliados pasaron por encima de los derechos de los neutrales al comercio y al tráfico legítimos con los Estados de la Europa Central. La nota norteamericana fechada en 5 de noviembre de 1915 y que contiene una acertada exposición de las violaciones del derecho de gentes cometidas por Inglaterra, ha sido dejada hasta el día de hoy sin contestación alguna por parte del gobierno inglés. Lo mismo que esta protesta, las de los demás neutrales cerca de nuestros enemigos no tuvieron otro éxito que el de nuevas violaciones de sus derechos. El gobierno inglés no vaciló en prohibir hasta las acciones humanitarias de filántropos americanos, como por ejemplo, la del envío de leche a los niños alemanes. La recién publicada «Order in council» amenaza el comercio legítimo con los puertos neutrales, por hacer ésta las reglas del bloqueo más duras en contra de todo derecho, contra cuya violación el Gobierno norteamericano había protestado ya antes.

«Ningún neutral de juicio sereno, sea o no sea favorable a nosotros, querrá negarnos el derecho de resistencia a esta guerra de hambre, contraria al derecho de gentes. Nadie podrá exigir que renunciemos a las armas defensivas de que disponemos. Las empleamos y tenemos que emplearlas. Los justificados intereses de los neutrales en el comercio y tráfico internacionales son respetados por nosotros, pero, por otra parte, debemos poder contar con que la consideración que les guardamos nosotros, sea tenida en estimación y que se nos reconozca nuestro derecho y deber de tomar por todos los medios represalias por la política del hambre como la practican nuestros enemigos burlándose de las leyes más elementales de humanidad.

«Desde que hablé aquí la última vez, nos vimos obligados a declarar la guerra a Portugal.

«Ustedes se habrán enterado de la larga serie de violaciones de la neutralidad cometidas por Portugal. La medida se rebasó con el cínico rapto de nuestros buques festejado por salvos. Portugal obró bajo la coacción de Inglaterra. Inglaterra dió con esto una nueva prueba de la «cariñosa protección» de los Estados pequeños.

«Cuando el día 9 de septiembre pasado, manifesté que estábamos dispuestos a tratar sobre la paz, dije que no podía entrever ni el más mínimo indicio de igual disposición del lado de nuestros adversarios.

Que yo tenía razón al decir esto, lo demuestra todo lo que entretanto ha acontecido y que hemos oído de boca de los mismos directores de los Estados enemigos. Los discursos pronunciados en Londres, París, Petersburgo y Roma, son tan claros, que considero supérfluo examinarlos. Sólo una palabra a Asquith: No replico a sus invectivas personales, porque estimo estas difamaciones personales indignas también en la guerra; contestaré en frases breves y objetivas. Asquith considera la completa y definitiva destrucción de la potencia militar de Prusia, como la condición elemental de toda negociación de paz. Al mismo tiempo Asquith echó de menos ofrecimientos alemanes de paz hechos en mi discurso. Todos están dispuestos a tratar sobre ofrecimientos de paz cuando los hace la parte contraria. Ahora, supuesto el caso, yo propondría a Asquith examinar conmigo las probabilidades de paz y Asquith empezaría con su frase «completa y definitiva destrucción de la potencia militar de Prusia», y entonces la discusión se encontraría terminada antes de haberse empezado. A tales condiciones de paz nos queda sólo una contestación. Esta contestación la dará nuestra espada. Si nuestros adversarios quieren que sigan perdurando las matanzas de hombres y la devastación de Europa, la culpa será de ellos. Nosotros sabremos defendernos. Nuestros brazos repartirán golpes cada vez más duros. Al estallar la guerra, recordé la palabra de Moltke, de que lo obtenido en 1870 tendríamos que defenderlo en otra sangrienta lucha. Todos, como un solo hombre, fuimos a la guerra por la conservación de nuestra unidad y libertad. Y esta Alemania libre y unida es la que nuestros enemigos quieren aniquilar. Quisieran que Alemania volviese al estado de impotencia en la que se hallaba postrada hace algunos siglos, expuesta a todas las codicias de los vecinos y siendo la «cabeza de turco» de toda Europa, y quisieran restringir para siempre su desarrollo económico después de la guerra. Esto es lo que nuestros enemigos entienden por destrucción de la potencia militar de Prusia. ¡Ya verán lo que cuesta! Por el contrario, nuestro objetivo en esta guerra es: una Alemania tan firme y unida y tan bien defendida, que nadie caiga nunca más en la tentación de querer aniquilarnos y que todos en el vasto mundo tendrán que reconocer nuestro derecho al libre desarrollo de nuestras fuerzas pacíficas. Esto y no la destrucción de pueblos extranjeros es lo que queremos conseguir. Es la definitiva salvación del continente europeo que hoy está sacudido hasta en sus cimientos. ¿Qué consecuencias traería consigo para Europa la victoria de la coalición adversaria? Rusia esclavizaría más aún que hasta ahora a Polonia y Finlandia; en Francia resurgiría la pretensión de aquella hegemonía que era desdicha nuestra, e Inglaterra establecería el estado de desunión y continua irritación que ella llama «el equilibrio continental» y que es la causa íntima de la inmensa desdicha que nos trajo esta guerra. Si estas tres potencias no se hubiesen unido contra nosotros e intentado restablecer el estado político de siglos lejanos en la historia, la paz europea se habría afirmado poco a poco por la influencia de un tranquilo desenvolvimiento. Este era el fin que perseguía la política alemana antes de la guerra. Nosotros pudimos obtener todo lo que queríamos por la labor pa-

cífica. Nuestros adversarios prefirieron a esto la guerra. Ahora, la paz de Europa debe surgir de un mar de sangre y lágrimas, y de las tumbas de millones de seres. Nosotros fuimos a la lucha para nuestra defensa. Pero, lo que era antes, ya no existe hoy. La historia avanzó con paso firme. Retroceder es imposible.

»Alemania y Austria-Hungría no tenían la intención de volver sobre la cuestión de Polonia; la suerte de las batallas lo hace. Ahora está aguardando su solución. Alemania y Austria-Hungría la encontrarán. La historia no admite después de tales sacudimientos un «statu quo ante». La Bélgica de después de la guerra será diferente a la anterior.

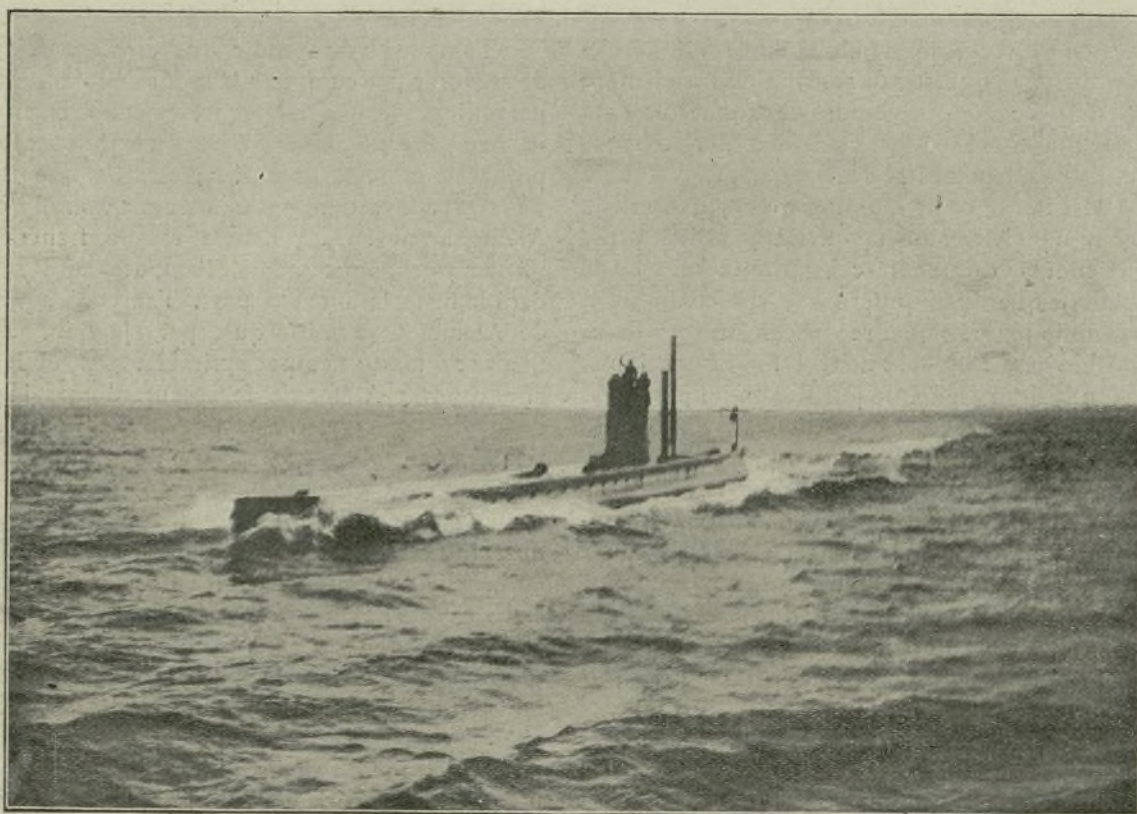
»Polonia que el «chinownik» (mozo de cuerda) ruso dejó, sacando hasta en los últimos momentos, con toda prisa, propinas y sumas de soborno, Polonia que el cosaco ruso quemó y devastó antes de marcharse, ha dejado de existir. Miembros de la misma Duma rusa declararon francamente que no se podían figurar que el «chinownik» volviera donde entretanto trabajan lealmente alemanes, austriacos y polacos para el infeliz país. También Asquith habla del principio de las nacionalidades. Haciendo esto y poniéndose por un momento en el lugar de su adversario invencido e invencible, ¿puede Asquith creer realmente que Alemania entregará voluntariamente a la Rusia reaccionaria los pueblos que ella y sus aliados han libertado entre el mar Báltico y los pantanos de Wolhynia, ya sean polacos, lituanos, bálticos o lutenos? No, no podemos permitir por segunda vez que Rusia pueda alinear sus ejércitos en la indefensa frontera de la Prusia oriental y occidental, y que se organice otra vez, con oro francés, el territorio del Vístula, como punto de partida para la invasión de Alemania.

»Tampoco habrá nadie que crea que dejaremos de asegurar por completo la seguridad para nuestro porvenir respecto a los territorios del occidente, en los que se vertió la sangre de nuestro pueblo. Nos proporcionaremos garantías reales de que Bélgica no será convertida en una obra avanzada contra Alemania ni en un Estado vasallo franco-inglés, militar y económicamente. Tampoco aquí retrocederá la historia un solo paso. Tampoco aquí puede Alemania permitir que, por ejemplo, la tribu flamenca tanto tiempo oprimida, sea obligada a afrancesarse; Alemania le asegurará más bien un desarrollo sano que corresponda a sus vastas disposiciones naturales a base de su idioma e idiosincrasia nederlandesas. Queremos tener vecinos que no se coaliguen otra vez contra nosotros para estrangularnos, sino más bien con los cuales podamos trabajar en beneficio recíproco. ¿Antes de la guerra fuimos enemigos de Bélgica? ¿No es un hecho que a la pacífica labor alemana en Amberes se debió una buena parte del bienestar en el país belga? ¿No nos esforzamos también, durante esta guerra, en restablecer la vida de este país, en tanto que la guerra nos lo permite? El recuerdo de la guerra se conservará por mucho tiempo aún en este país que tanto ha sufrido. Pero, en el interés de ambos, no permitiremos jamás que de ahí renazcan nuevas guerras.

»El gobierno ruso, desde el principio de la guerra, puso todo su empeño en expoliar y expulsar de sus bienes a los alemanes de nacionalidad alemana o



Infantería francesa dirigiéndose al frente



Submarino alemán haciendo señas a un buque mercante en alta mar



Tropas indias en una trinchera al E. del canal de Suez



El «Monte Santo» en el frente del Isonzo

rusa. Nuestro derecho y deber es el exigir del Gobierno ruso que repare las injusticias cometidas en contra de todo derecho humanitario, y libre a nuestros compatriotas maltratados y perseguidos, del camino de la esclavitud rusa. La Europa que saldrá de esta crisis, la más inmensa de todas, no se parecerá a la anterior en muchos puntos. La sangre que ha sido vertida no volverá. Los bienes desgastados no volverán más que lentamente. Sea como sea, deberá ser para todos los pueblos que la habitan, una Europa trabajadora en paz. La paz con que se querrá terminar esta guerra, tendrá que ser duradera; no podrá conservar en su interior la semilla de nuevas guerras, sino más bien la del arreglo definitivo y pacífico de las cuestiones europeas.

»Nuestra unión con nuestros aliados se hizo en la larga duración de la lucha común, cada vez más estrecha. A la fiel unión militar seguirá y tendrá que seguir en los tiempos de paz la unión económica en favor de la prosperidad económica y cultural de los países unidos. También respecto a este punto seguiremos otros senderos que nuestros adversarios.

»Inglaterra piensa no cesar en la lucha, ni una vez firmada la paz, sino más bien continuar con doble intensidad la guerra comercial contra nosotros. Primero quiere ella aniquilarnos militarmente y después económicamente. En todo exterioriza Inglaterra una brutal rabia de destrucción y el arrogante deseo de aniquilar, en su desenfrenada codicia, a un pueblo de setenta millones. También estas amenazas se estrellarán. Pero, ¡que los gobernantes de los Estados enemigos no olviden que cuanto más violentas sean sus palabras, más duros serán nuestros golpes!

»Mirando más allá de Europa, nos consta que nuestras tropas coloniales y compatriotas, a pesar de hallarse cortadas sus comunicaciones con la Patria, defendieron con tenacidad nuestras colonias y siguen todavía luchando por cada palmo de terreno en nuestra África oriental. La suerte definitiva de las colonias no será decidida allá, sino, como dijo Bismarck, en el continente europeo. Nuestras victorias en el continente nos devolverán nuestras posesiones coloniales y abrirán al indestructible espíritu emprendedor alemán un campo de fértil acción en el vasto mundo.

»Así vamos francamente hacia el porvenir, llenos de creciente confianza y movidos, no por presunción e ilusiones, sino más bien por agradecimiento a nuestros guerreros, y por la santa fe en nosotros y en nuestro porvenir. Como montañas, pesan sobre los ánimos de nuestros enemigos, el odio rencoroso y el engaño de sí mismos y de sus pueblos. Sus hombres de Estado no cesan de inventar siempre nuevas fórmulas a las ya usadas con el fin de mantener esa atmósfera de conjuración.

»No tenemos tiempo para retóricas.

»Por nosotros hablan los hechos, que valen más. Uno de los hechos es la diferencia ante los fines que perseguimos nosotros en esta guerra y los que persiguen nuestros enemigos. De todas las naciones beligerantes es Alemania la única que, por boca de los gobernantes de los países enemigos, está amenazada con la destrucción y desmembramiento de su potencia militar y económica. Las fuerzas instigadoras que antes de la guerra habían logrado la coali-

ción contra nosotros; la sed de conquista, manía de la revancha y la envidia del competidor económico en el mercado mundial, todo esto está floreciente entre los gobiernos de la Entente a pesar de todas las derrotas sufridas por ellos.

»En lo referente a este objeto general de la guerra, Petersburgo, París y Londres siguen todavía armonizando. Frente a esto recordamos el hecho de que, al ocurrir la actual catástrofe europea, igualmente que en 1870, cuando todo alemán reivindicó como natural recompensa de victoria las antiguas provincias de Alsacia y Lorena y el restablecimiento de la dignidad imperial, perseguimos como único fin el defendernos y alejar a nuestros adversarios de nuestras fronteras o de expulsarlos de donde habían dado horribles muestras de su rabia destructora.»

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El señor A se preocupa

—¡Pillines! ¿Conque faltaron ustedes a la lista el otro día?

(El señor B, que entra cogido del brazo del señor A.)—Ocupaciones urgentes, imprevistas...

—¡Ni una palabra más! Me basta ver la cara del señor A para comprender lo que ocurrió. A la fuerza ahorcan, ¿verdad, señor A? Y si nos descuidamos, nos queman en la hoguera o nos envían a Santa Elena. ¡Abra V. el ojo y cierre V. el bolsillo, si aún le queda algo en él!

(El señor A.)—Deploramos en el alma nuestra falta de asistencia; quise avisar a V., pero...

—No lo lamente V., porque yo lo pasé tan ricamente. Sabía que no se encontraban ustedes enfermos, y, tranquilo por este lado, me reí de lo lindo, sin tenerme que reprimir por la presencia de ustedes.

(El señor B.)—¿Ha trabado V. amistad con alguna otra persona? ¿Con quién se rió V.?

—No me pregunte V. con quién, sino de quién. Teniendo al señor Repington a mano, yo lo paso siempre bien. ¡Lo que discurre el hombre! Y, luego, posee una estrategia tan..., no se cómo decirlo... vaya, así como para ir por casa, que es un encanto. He encargado la colección de sus sainetes y en cuanto la traduzca les facilitaré copia.

(El señor B.)—¿Se propone V. hoy dar otro golpecito al coronel? Si entendiera V. en cosas de milicia, hablaría con más respeto del famoso crítico, de reputación mundial.

—Y hasta sideral, por lo menos lunática. No comprendo cómo los ingleses no han creado un ministerio para él. ¡Qué hombre y qué ocurrencias tiene! ¡Aturden!

(El señor A.)—¿Nos vamos a pasar la tarde entera hablando del señor Repington?

—Sí, señor, pero va a ser para devolverle la fama. Con una de cal y otra de canto, se construye poco a poco el edificio. Pues bien, como íbamos diciendo, mis apreciables colegas, el señor Repington concluye su última crónica, que en lo militar es tan profunda como las anteriores, con estas lastimeras y tristes palabras: «Por encima de todo, necesitamos hombres para nuestros ejércitos. Al empezar el pasado año, advertí al público que la crisis de municiones sería

seguida por la crisis de los hombres, a menos que el Gobierno adoptara enérgicas medidas, y expuse mi opinión en el sentido de que no sólo deberían darse pasos para reemplazar las bajas en el ejército que poseíamos, sino para organizar otras 30 divisiones, que enviar a la guerra en el verano de 1916. Ninguna de estas medidas ha sido tomada. Por desgracia, no hemos tenido un Ministro capaz de hacer por el reclutamiento lo que Mr. Lloyd George ha hecho por las municiones, y aunque el país ha respondido bien, la verdad sobre el reclutamiento se le ha ocultado persistentemente y todavía se le oculta. Artículos enteros que he tratado de publicar sobre este tema, han sido suprimidos por la censura».

(El señor A).—¿Sabe V., don Subrio, que es muy interesante lo que V. lee? ¿Dice más?

(El señor B).—Repito lo que antes ha dicho el señor A. ¿No hay asuntos más entretenidos que este de comentar lo que opina el crítico X o el literato Y?

—Repáre V., señor B, que el coronel inglés es un crítico de reputación mundial; al menos, así lo afirmaba V. Con su permiso, voy a complacer al señor A. El artículo tiene un párrafo final digno de ser conocido. Oigalo V.: «Leemos artículos inspirados que nos dan cien razones explicándonos por qué no tenemos los soldados que deberíamos tener, pero nadie nos explica cómo ganaremos la guerra sin tener esos soldados. El camino que hemos adoptado es el más a propósito para prolongar indefinidamente la guerra, en vez de terminarla. Todos esos cuentos de armonizar el comercio y la victoria, todos esos sueños de presión económica sobre el enemigo y todas esas fantasías de que empobreceremos a los alemanes después de la guerra, son cuentos tártaros. Las fronteras de Europa han desaparecido; sólo reaparecerán al fin de la guerra, trazadas en sangre por la espada del vencedor. Es menester que nosotros seamos el vencedor, y el único camino es derrotar a los principales ejércitos enemigos en los teatros principales, arrojando contra ellos otros ejércitos más fuertes».

(El señor A).—¡Interesantísimo, don Subrio, interesantísimo! ¡Qué cordura y qué buen sentido! ¡Esas palabras suenan a verdad! De modo, que Inglaterra....

(El señor B).—¿Tiene V. noticias de las operaciones en el Isonzo, don Subrio?

—No, señor; no sé más sino que los italianos andan por las nubes, sin duda a caza de las subsistencias, que se remontan de Col di Lana para arriba; mínima altitud, 3.000 metros; ¡qué previsores fueron creando los cuerpos de alpini! La utilidad de los batallones de laguneros no me la he explicado hasta que las orillas del Isonzo se han trocado en pantanos; muchos laguneros van a hacerles falta.

(El señor A).—Parece mentira que gocen ustedes hablando de las minucias italianas; en aquella frontera se combate lo preciso para justificar el parte diario. Lo que yo ignoraba es que el Gobierno inglés, pese a las demandas de la opinión....

(El señor B).—¿Y Trebisonda, don Subrio? Primero, Erzerum; segundo, Trebisonda;...

—El tercero no lo diga V., porque ya lo sé yo: el tercero, ¡Bagdad! ¡Qué más quisieran ustedes, sino que los rusos acabasen de sacar las castañas del fuego!

(El señor B).—Ahora en serio: ¿qué opina V. de lo de Trebisonda?

—Que ha sido un mal golpe para los turcos y un desengaño para los rusos, que han encontrado la plaza vacía. Supongo que estará V. que trina con el desdichado Gran Duque.

(El señor B).—¿El caudillo más genial del siglo xx? ¡No blasfeme V., don Subrio!

—¿No elogiaba V. al Gran Duque por sus retiradas estratégicas del año pasado? Pues, si es V. consecuente, tiene que deshacerse en alabanzas a los turcos, cuyas retiradas estratégicas no dejan en manos de los rusos aquellos centenares de miles de prisioneros que quedaron en las garras de los austro-alemanes.

(El señor B).—A mí me tienen sin cuidado los turcos....

—De Armenia, ya lo sé; pero, no los de Mesopotamia y otros lugares.

(El señor B).—Preguntaba a V. el concepto que había formado de los rusos y no de....

—Excelentes personas, dóciles, sumisas, pacientes, resignadas, frugales cuando no tienen que comer, partidarias de la templanza cuando no hay de qué beber....

(El señor A).—¡Qué insustanciales están ustedes esta tarde! ¡Qué Trebisonda ni qué Cáucaso, que ni siquiera ha puesto de buen humor a los moskovitas y petrogradenses! Ha tocado V. un punto en lo que ha leído antes, que me gustaría desenvolver. Ha dicho V. que Inglaterra no quiere aumentar el número de sus divisiones....

(El señor B).—La decisión de la guerra la ha pronunciado el presidente Wilson; no se puede negar que los Estados Unidos representan la justicia y la equidad, ¿verdad, don Subrio?

—Nobles ideales que se compaginan muy bien con la tarea de hincharse de dinero, fabricando y vendiendo municiones para matar alemanes. Estos cometen un crimen si torpedean un barco en que viaje un yankee, y en cambio los yankees son un dechado de moralidad porque, sin dejar de ser neutrales, proporcionan a Europa los medios de que la sangre humana corra a torrentes. Ciertamente es que el torpedeo no produce dinero, y la venta de armas y municiones, sí.

(El señor B).—Para juzgar la conducta de los pueblos ha de prescindirse de detalles e incidencias que nada significan....

—Será para V., pero no para los alemanes que se encuentran en el frente, ni para sus familias.

(El señor B).—¡Pues que capitulen de una vez y no nos frían más la sangre!

—A lo que responden los teutones: ¡Váyanse ustedes a pique cuanto antes! Y, en paz.

(El señor B).—Los Estados Unidos han conquistado dignamente la dirección de todos los pueblos neutrales. El presidente Wilson se ha revelado un estadista completo, de cuerpo entero.

(El señor A).—¡Dale con Wilson! No nos movamos de Europa, señor B. Hay un concepto, de los expresados por Repington, que no acabo de comprender bien. Decía V., don Subrio....

(El señor B).—Por lo demás, ya se habrá V. convencido, don Subrio, que eran infundados los temores de Holanda y que el acuerdo rumano-alemán es una ridiculez.

(El señor A).—¿Me permite V. exponer de una vez mis dudas?

(El señor B).—Concédame V. un momento, que tengo que someter a don Subrio un punto muy interesante. V. habrá leído el discurso de Sonnino sobre la necesidad del secreto diplomático, y también se habrá enterado de que eran infundadas las quejas de los italianos por el alza de los fletes. Partiendo de estas bases, y teniendo en cuenta la situación económica angustiosa de Rusia y la escasez de dinero en el Japón, se comprende sin esfuerzo que únicamente la potencia financiera de Inglaterra puede salvar a los aliados y...

—¡Comprendido, señor B! No prosiga V. Estoy de acuerdo. Lo único que me extraña es que hayan ustedes tardado tanto en descubrir el secreto. ¡Qué servicio obligatorio, ni qué camándulas! La cuestión es de dinero y nada más que de dinero, y, por supuesto, de trabajo, de industria, de fabricación, de comercio, mucho comercio.

(El señor B).—No nos entendemos, don Subrio. Sale V. por los cerros de Úbeda. No es ahí donde yo quería ir a parar....

—Ya lo sé; ni a Verdun tampoco; por eso precisamente me he adelantado. ¿No les vendría a ustedes de perillas otra Salónica, o por lo menos un Isonzo, como el de Mesopotamia, que se sale de madre cada vez que atacan los ingleses? ¡Qué malo, qué pésimo es le *Temps*, dirán en Francia, y le *Times* en Inglaterra!

(El señor A).—Si por fin puedo hacer la pregunta que deseo, comenzaré por....

—No pierda V. el tiempo, ni se preocupe, señor A. Con razón o sin razón tiene V. que seguir haciendo penitencia. Aún será más meritoria si ve V. la verdad clara y escueta.

(El señor A, cogiendo el sombrero y hablando para sí): ¿Por qué Repington no escribirá en francés y no se llamará Humbert o siquiera Maurice Barrés?

SUBRIO ESCÁPULA

NUEVOS TIPOS DE AEROPLANOS

En un segundo artículo, publicado en *The Times*, Monsieur Jorge Prade estudia los nuevos tipos de aeroplanos, que divide en cuatro categorías: 1.º exploradores; 2.º de observación de artillería; 3.º lanzadores de bombas; 4.º de combate.

1.º *Exploradores*. Se emplean para reconocer el terreno enemigo, mediante el examen visual y la fotografía. Las cualidades que les han de distinguir son: gran facilidad de maniobra y rapidez de elevación; esto dificulta el dotarles de corazas protectoras. Han de llevar una cámara con lentes especiales, una ametralladora que dispare en todas direcciones y una instalación radiotelegráfica. Es el tipo menos especializado, pero ha de poder partir y tomar tierra en toda clase de terrenos. Para el objeto mencionado, se suele emplear biplanos de 13 metros, de envergadura y motores de 80 a 150 caballos.

2.º *Señaladores del tiro de artillería*. Lo ideal sería una cometa que quedara inmóvil encima del blanco. El aparato ha de ser capaz de volar despacio y permitir la observación en todos sentidos, pero no ha de tomar fotografías. Por radiotelegrafía, el ob-

servador ha de dirigir el fuego de artillería. Al mismo tiempo ha de evitar los proyectiles enemigos y los ataques de otros aviones, ataques muy fáciles porque el aeroplano de observación de la artillería no puede abandonar el sector que se le ha encomendado y se espera de antemano su llegada. Por consiguiente, debe de ser ligero, pequeño, de gran poder ascensional, susceptible de maniobrar cualquiera que sea la fuerza del viento y tripulado por un observador muy sereno. Se emplean pequeños biplanos, de una envergadura de 9 metros, con dos motores ligeros y potentes. Conviene alguna coraza protectora, sin necesidad de armamento. El avión pasa lenta y continuamente por encima del blanco. Como su itinerario se conoce previamente, nada más fácil que protegerle mediante un avión de combate, que destruya preliminarmente al aeroplano enemigo.

3.º *Lanzadores de bombas*. Vienen a ser los dreadnoughts del aire. No es posible aumentar indefinidamente su tamaño, porque llegaría un momento en que el grado de eficiencia decrecería a medida que aumentara el de potencia. Es preferible distribuir el mismo peso de bombas en mayor número de máquinas, pues se obtiene mayor seguridad, aumentan la precisión y rapidez del lanzamiento y hay más probabilidades de escapar del enemigo. Ha de tener un mínimo de rapidez, mucha capacidad ascensional y gran facilidad de maniobra. No han de defenderse por sí mismos de los aviones de combate, sino ir escoltados por otros del último tipo. Las flotillas de lanzadores se componen siempre de varias escuadrillas, que operan en itinerarios bien determinados y a horas fijas. Se han agrupado por este método hasta 50 máquinas, desplegadas en vuelo en forma de triángulo. Sus motores serán muy potentes, 200 caballos, mucho radio de acción, y el lanzamiento de bombas se efectuará con aparatos especiales. Se les dota de una ametralladora. Este avión es el más difícil de construir, y la misión del piloto ingrata y peligrosa, porque es menester internarse en territorio enemigo.

4.º *De combate*. Es la última palabra de la aviación militar, y es fácil comprender el motivo. En la guerra aérea, lo primero es hacer uso de las máquinas propias, y luego impedir al enemigo el empleo de las suyas. El avión de caza es muy ligero, rápido y se eleva muy deprisa, para dominar al adversario. Hay también los tipos de contra-caza, cuyo objeto es defender a los otros tres tipos de aviones; son de la misma clase que los de caza, pero mejor armados. Los aeroplanos de combate no pueden ser grandes, lo que limita su artillería y el calibre; los más no exceden de una tonelada de peso. No llevan más que un asiento, y el piloto es a la vez combatiente. Sería preferible que tuvieran dos asientos. Cuanto más pequeña la máquina, mejor, a condición de que su armamento sea suficiente y e fuego posible en todos sentidos. Hay dos tendencias: la de los que proponen la hélice delante, lo cual aumenta la velocidad, pero no permite tan bien el uso de la ametralladora, y la de los que aconsejan se la coloque atrás, con detrimento de la velocidad y más eficacia del tiro. Ha triunfado la primera tendencia, porque es más fácil perfeccionar el tiro que hacerlo sin gran rapidez, lo

cual se opondría a la caza del avión enemigo. La necesidad de atacar globos cautivos, globos cometas y zeppelines, ha conducido a la creación de los llamados cañón-planos, y para el ataque nocturno contra los zeppelines se emplean máquinas menos veloces, que toman tierra en la obscuridad sin gran peligro. Con este propósito se usan aviones exploradores acorazados.

Límite de dimensiones. El avión mayor y más potente es el lanzador de bombas, y el de caza el más pequeño. Los límites máximo y mínimo resultan de las consideraciones siguientes: un aeroplano es demasiado pequeño si no puede llevar una ametralladora, y demasiado grande cuando su aumento de potencia y superficie no va acompañado por un proporcionado aumento en el peso que puede transportar. Los materiales empleados en la construcción no admiten perfeccionamientos indefinidos. Llega un momento en que el mayor aparato no puede soportar la presión y resistencia inherentes al aumento de masa, y entonces sucede una de dos cosas: o tiene que reducirse el coeficiente de seguridad, que suele ser 6, esto es, que cada elemento del aparato pueda soportar durante la prueba estática una carga seis veces mayor que la normal durante el vuelo, y el aparato es peligroso, o bien la estructura se modifica y refuerza y el aparato pesa más y puede transportar menor carga útil. En este caso es imposible pilotarlo, porque pesa demasiado y no responde a los mandos. Tal es el motivo de que no existan avio-

nes gigantes. Los automóviles nunca pasan de cierto peso; los animales gigantes van desapareciendo; los aeroplanos no rebasarán nunca, prácticamente, de ciertas dimensiones, en tanto se funden sobre las actuales leyes del vuelo, con motores del mismo peso en proporción con su potencia.

LAS NACIONALIDADES EUROPEAS

Los pueblos de Europa (que forman 24 Estados diferentes e independientes), se reparten del siguiente modo:

Germanos (145 millones o sea 32 por 100).

Alemanes, 81; ingleses y escoceses, 43; suecos, 6; holandeses, 5,5; flamencos, 4,2; daneses, 2,8; noruegos, 2,5.

Eslavos (141,7 millones ó 31,7 por 100).

Rusia grande, 53; ucranios, 35; Rusia blanca, 8; polacos, 17; croatas y serbios, 9; tcheques y eslovacos, 9; rutenos, 4,3; búlgaros, 4,3; eslovenos, 1,3; otros, 0,12.

Latinos (119 millones ó 26,3 por 100).

Franceses, 44; italianos, 36; españoles, 20; rumanos, 11; portugueses, 5,5.

Diversos (magiares, 9; turcos y tártaros, 8,5; fineses, 7,5; lituanos, 6,3; griegos, 5; celtas, 3,2; bohemios y otros, 0,3; bascos, 0,6; albaneses, 1,5; armenios, 1,6; caucásicos, 6; reto-romanos, 0,5; judíos, 10, en todo el mundo.

CRÓNICA MILITAR

I. La gloria militar.—II. Problemas que ha desenterrado la guerra.—III. Los nuevos esfuerzos de Inglaterra.—IV. Los combates de Verdun.—V. La situación el 7 de mayo

I.—La gloria militar

Para el hombre que expone a diario su vida en defensa de la patria y soporta gozoso los peligros y privaciones inherentes a la vida en campaña, no hay mayor galardón ni mejor premio que la gloria militar, esto es, el reconocimiento público de sus virtudes y sus méritos. En la lucha material por la existencia, la ventaja ha de ser de orden material; pero los esfuerzos del guerrero de nuestros tiempos son desinteresados, y su recompensa debe tocar los límites de lo ideal. Un simple distintivo, que recuerde a todos que quien lo ostenta ha tomado parte, con honor y dignidad, en tal o cual batalla, realza al favorecido, ante sí mismo y ante sus compatriotas; para conquistarlo, han sido menester las cualidades más nobles del hombre: el valor, la abnegación, la renuncia a la vida, la voluntad, el corazón... Grandes y humildes, sabios e ignorantes, todos se igualan en el altar de la Patria, que no hace distinciones ni mira a la cuna, ni se atiene a la posición social, al otorgar esas justas recompensas.

Una condición indispensable de este estímulo, es la oportunidad, la publicación inmediata del mérito contraído. Esto se practica en todos los ejércitos mediante las citas en la orden del día, pero no basta,

porque esas órdenes no trascienden fuera de un círculo siempre pequeño, aun dentro del ejército. El guerrero que se sacrifica por la Patria, tiene derecho a que ésta se acuerde de él después de un acto meritorio, de la misma manera que el pensamiento del héroe no se apartaba de su país al ejecutar un hecho distinguido. La dificultad de publicar nombres sería insuperable, considerando los millones de hombres que están sobre las armas y las gigantescas batallas que se libran y las innumerables hazañas que diariamente se realizan, si no fuera harto conocida la psicología de las multitudes, y en particular del ejército. Para el soldado bien encuadrado, el regimiento viene a ser su hogar y su familia, y hace inseparables de las suyas las glorias y las tristezas de su Cuerpo. El haber pertenecido a una unidad de renombre, le envanecerá para siempre, y jamás se borrará de su memoria el recuerdo de aquel cuerpo de mil brazos y una sola alma; de generación en generación se transmitirá ese culto íntimo. Así se forma y surge potente y amado el verdadero concepto de la Patria.

Alemania, cuya previsión en el orden material está causando la admiración del mundo, se ha revelado desde el primer día de la guerra maestra y conocedora insuperable en el arte de hacer vibrar el alma del soldado, incluyendo en esta palabra desde

el general al recluta. Cada una de sus grandes maniobras ha ido envuelta en un secreto impenetrable; ni se sabía qué generales las dirigían, ni qué tropas las ejecutaban; de pronto, un conciso parte daba a conocer un nombre, poniéndolo en el vestíbulo de la inmortalidad: «nuestras tropas, mandadas por el general X,...» Aquello era el reconocimiento del mérito del caudillo, y mientras la obscuridad seguía envolviendo todo el cuadro, el nombre del héroe victorioso rompía el velo y, como rayo de luz, se extendía por el mundo. Otras veces, el parte rezaba: «nuestros regimientos de Y...»; ahora la gloria recaía sobre un cuerpo o varios cuerpos, y el orgullo, el sano y legítimo orgullo, se encendía en mil hogares dispersos; todo el Imperio se volvía hacia la afortunada región que contaba entre sus hijos aquellos brávos.

Después vendría el premio individual, pero lo más urgente era que se supiera el mérito colectivo. Así es como se forja el espíritu de un ejército. La gloria del general cae, distribuida en mil destellos sobre las tropas a sus órdenes; la del Cuerpo se distribuye entre sus individuos, desde el más alto al más bajo; la interior satisfacción queda atendida; se enciende el estímulo; el ejército comprende que le rige una mano paternal y generosa, y la nación se asimila como propias, y así es en efecto, las glorias de sus soldados.

Francia, prescindiendo de tradiciones que la honraban, no obra como su presente adversario. Padece la obsesión del secreto militar, sin tener en cuenta que, reducido a los modestos límites de los nombres de los protagonistas—individuales o colectivos—desaparece para el enemigo en cuanto las masas combatientes llegan a las manos. Se han necesitado muchos meses y una multitud de proezas para que fuera conocida la existencia de la *división de hierro*, sobre cuya composición se cierne todavía la niebla.

Los nombres de los jefes más acreditados corren de boca en boca, pero no se les ha consagrado oficialmente. Con tales hábitos no se cimenta el sentimiento de seguridad y fuerza ni en el ejército, ni en el pueblo.

Austria-Hungría ha seguido en este asunto las huellas de Alemania; algo ha hecho Inglaterra, aunque en un sentido menos militar; Italia y Rusia copian a Francia, mientras que Serbia, antes, y luego Bulgaria se inspiran en las prácticas alemanas.

No solamente con cañones y municiones se marcha hacia la victoria; lo primero es contar con la voluntad y el corazón de los hombres. La igualdad del uniforme es una ortiga que mata las buenas semillas; puesto que no todos observan la misma conducta ni se hacen por igual acreedores a las mismas alabanzas y censuras, funesto es que el seco rasero del anónimo los nivele a todos. En el pecho del combatiente anima el amor a la gloria; en vez de asfixiarlo, hay que fomentarlo y darle salida, porque hay muchas maneras de cumplir el deber, y la mejor se verifica cuando el deber no es hijo de la obediencia, sino cuando va impulsado por un espíritu amplio, noble y sin cesar estimulado.

II.—Problemas que ha desenterrado la guerra

La guerra está dando caracteres de realidad y oportunidad a muchos puntos que antes parecían inoportunos, cuando no hijos de particularismos.

La presencia en los campos de batalla de casi todos los hombres válidos, está dando lugar a que muchos servidores de la Patria queden inútiles, incapacitados para el trabajo, y al mismo tiempo ha obligado a aumentar el número de jefes y oficiales, que luego le será imposible mantener al presupuesto de la guerra. Más que de cuestiones militares se trata de asuntos nacionales, que importan y alcanzan a todo el país y que es el Estado quien ha de resolver.

Con antelación a la guerra, Alemania había ya resuelto en parte ambos problemas. Poco después de la ruptura de las hostilidades aplicó su atención al primero, tomando un camino que la prensa aliada calificó de inhumano y despiadado. Los inválidos no los consideró Alemania como cargas obligatorias del Estado, ni se apresuró a tomarlos bajo la exclusiva protección de éste. Fundó varios institutos, llamados de reeducación física, proveyó de aparatos ortopédicos a los inutilizados, y puso a éstos en condiciones de seguir siendo útiles al país y atender a su propia subsistencia. En los casos más extremos, el Estado tendió su manto protector. Con la reeducación y el señalamiento de puestos y ocupaciones a esos inutilizados, el problema queda resuelto de un modo aceptable, sin perjuicio de que el Estado, dentro de lo que alcancen sus fuerzas, contribuya directamente con subvenciones modestas a mejorar la situación de aquellos desgraciados; pero no es lo mismo la ayuda que el sufragar todos los gastos de la vida. Bien mirado, el inutilizado a quien se le brindan los medios para poder seguir trabajando, se realza á sus propios ojos y a los de sus conciudadanos, porque no se considera a sí mismo como una carga inútil y molesta, sino como elemento que continúa siendo provechoso a la nación. Este método mixto de obligar al inutilizado a laborar, protegerle mediante la ocupación de cada cual con arreglo a las aptitudes que conserve y auxiliarle económicamente, parece que es el mejor, el único posible, dado el gran número de inválidos que está produciendo esta tremenda guerra.

En cuanto al segundo extremo, el excedente de jefes y oficiales que habrá al restablecerse la paz, Alemania tenía la práctica de ocupar un gran número de retirados, los más por imposición de los superiores, en diversas ramas de la administración o relacionadas con ella. En otros países, más burócratas, esta medida no fué nunca aceptada, a causa del gran número de aspirantes a ocupar las plazas administrativas. Ahora, la guerra está moviendo a la opinión francesa en sentido contrario al que antes aceptaba.

De allí salen voces que condenan la estancia de la juventud en puestos burocráticos que deberían reservarse a la vejez, y entre ella, ninguna más digna de ser atendida que la de los que han defendido a la Patria con las armas en la mano. La juventud, se dice, no ha de permanecer en oficinas y despachos, pluma en mano, haciendo una vida contraria a lo que reclama la naturaleza y es propio de los pri-

meros años, mientras que la madurez y la ancianidad, que no puede derrochar energías físicas, serviría a la perfección tales destinos. Es claro que, como consecuencia de la guerra sería menester ampliar este criterio, confiriendo ocupaciones sedentarias o activas en parte, en la administración a los jefes y oficiales sobrantes al firmarse la paz.

Ciertamente que con el sistema actual el Estado da muestras de una prodigalidad que no se compadece con los intereses generales que le están confiados. No ya los veteranos del ejército, sino los de otros ramos de los servicios públicos, podrían ser utilizados perfectamente en puestos para los que no se necesita el brío de la juventud. De este modo, se economizarían sueldos de retiro y jubilaciones, y la economía anual sería de muchísima consideración. El asunto que se está ya presentando, será perentorio e inaplazable al acabar la guerra, y marcará una orientación que habrá que seguir para siempre en lo futuro. Conviene, pues, no perderlo de vista.

De la afición que tiene la juventud francesa a ocupar las plazas de la Administración, deduce algún periódico de la vecina República la superioridad económica de Inglaterra y Alemania. El joven inglés y el joven alemán, que no son bien recibidos ni se encuentran bien en puestos burocráticos, se encuentran en la precisión de entregarse de lleno a la lucha por la vida, no vacilan en abandonar su propio país, si las circunstancias no se les presentan propicias, y extienden el comercio y la influencia de sus naciones en el extranjero, haciendo obra útil y positiva para sí mismos y para su Patria. Ofrecer a la juventud un porvenir, medianamente decoroso, en funciones que no sean productoras, es restarse el Estado voluntariamente una de las bases más sólidas de su porvenir. También este punto merece ser seriamente meditado.

III.—Los nuevos esfuerzos de Inglaterra

El servicio obligatorio, tal como quedó implantado por la ley de enero, no ha dado los resultados apetecidos, según ha declarado el primer Ministro. El país no ha respondido al llamamiento que se le hizo. Menester ha sido ampliar los términos de la ley, para que lo preceptivo se imponga a lo facultativo. El argumento capital que se ha aducido para el nuevo esfuerzo, descubre por completo hasta qué punto Inglaterra va a hacer uso de sus fuerzas latentes.

Ha declarado mister Asquith, que con la ley de enero es imposible conseguir que se mantengan los efectivos del ejército ya organizado; los 200.000 hombres necesarios, no se encuentran, y es menester llegar a ese número.

De suerte que Inglaterra no pretende con la nueva ley aumentar sus fuerzas militares ni crear nuevas divisiones, sino puramente mantener la eficiencia numérica del ejército que ya posee, lo que equivale a reconocer que ha dado el máximo de rendimiento y que no podrá pasar de él. Antes que se discuta y apruebe la ley, que entre en vigor, que se llame e instruya a los futuros soldados, habrán transcurrido una porción de meses, de modo que, en realidad, habrá de pasar un año para tocarse los resultados prácticos de aquella. Dentro del presente, de 1916,

Inglaterra no podrá variar el equilibrio de fuerzas de los dos grupos beligerantes, tal como hoy se encuentra, y, por consiguiente, si el bando contrario puede hacer un esfuerzo supremo, no será la Gran Bretaña la que lo compensará. La declaración es poco halagadora para los rusos y franceses, que saben ya que la ayuda británica, prometida para la presente primavera, no tendrá lugar, lo más pronto, hasta la de 1917. No deja de ser un respiro para los Imperios centrales, si en sus planes figura el dar un nuevo avance a sus operaciones. Por otra parte, es muy posible que dentro de diez meses o doce, las operaciones en Asia hayan tomado un cariz más favorable a los turcos, y en tal caso, necesitaría Inglaterra las tropas de nueva organización para los teatros que no son los principales.

Se deduce, en resumen, que la actuación de Inglaterra sigue y seguirá siendo auxiliar, secundaria, durante un largo período.

IV.—Los combates de Verdun

Parecía definitivamente terminado el esfuerzo alemán contra Verdun; habían transcurrido tres semanas sin que la infantería alemana se mostrara fuera de sus trincheras; el general Petain creyó llegado el momento de emprender la contraofensiva, acaso más por el deseo de borrar en sus tropas la impresión de la derrota, que con la esperanza de recobrar el terreno perdido. Atacaron los franceses las posiciones alemanas al S. del fuerte y pueblo de Douaumont, sin éxito; atacaron con mejor fortuna las líneas enemigas situadas al S. de la altura 265 del «Mort Homme», apoderándose de la trinchera avanzada. El invasor limitaba su acción a un cañoneo violentísimo, sin reparar en el consumo enorme de municiones; es claro que este bombardeo, preludio invariable de todo ataque alemán, podía ser presagio de una nueva tentativa, de suerte que, durante quince días, no ha habido un solo crítico francés que se haya atrevido a afirmar la conclusión de las batallas de Verdun; mientras truena intensamente la artillería, ¿quién osará predecir lo que va a ocurrir?

Súbitamente, los alemanes avanzan contra la altura 304, que es la llave de todas las posiciones avanzadas que hay al O. del Mosa, y ocupan las primeras líneas de trincheras, acercándose a la cumbre. Comparado con la altura 304, el «Mort Homme» sólo tiene importancia secundaria. ¿Se trata, pues, de un empuje con miras a llegar a la única vía férrea que enlaza a Verdun con el interior de Francia? ¿Es sólo un amago?

Los hechos ciertos e innegables son los siguientes: no ha disminuído el número de piezas pesadas que los alemanes tienen en el frente de Verdun; todas las trincheras del sitiador están perfectamente guarnecidas y son capaces de una resistencia vigorosísima; los alemanes disponen de masas de reserva para enviarlas al asalto cuando se presenta ocasión propicia; los franceses no han debilitado, antes al contrario, el ejército de Verdun, pero no puede dar el rendimiento esperado, porque le detiene la artillería enemiga, más potente. Teniendo en cuenta estos hechos y la época del año en que nos encontramos, no es creíble que los alemanes reduzcan su actividad general a proseguir la expugna-

ción de Verdun, empresa de desarrollo lento en la que se consumiría casi todo el verano; otros muchos puntos hay en que podrían obtener resultados más eficaces y que precipitasen el fin de la guerra. Siendo esto así, ha de creerse que continuarán las operaciones en Verdun a favor de una densa masa de artillería, pero que una parte, acaso grande, de las tropas ha sido retirada y llevada a otros lugares del mismo o de diferentes teatros. Puede esto hacerse sin inmediato peligro porque, gracias al ataque de Verdun, se han malogrado los preparativos de los franceses para tomar la ofensiva; el grueso de las fuerzas de Joffre ha quedado fijado en Verdun, fortaleza que le es ya imposible desamparar; y los alemanes gozan, por lo tanto, de una libertad de acción que les estaba vedada hacía mucho tiempo en el O. La aprovecharán, sin duda; están a punto de comenzar, si no han comenzado ya, maniobras complementarias de las que marcaron el término de la campaña de 1915. Esperemos que esta impresión se confirme, y entonces se verá si los acontecimientos de Verdun no tenían otro objeto que la conquista del campo atrinchado o con ellos se perseguía, y es lo cierto, la facultad de emprender un ataque en regiones donde se puedan recoger frutos más abundantes y de consecuencias inmediatas.

V.—La situación el 7 de mayo

Las tropas rendidas en Kut-el-Amara, ascendían a trece mil hombres, resto de las que intentaron la aventura de Bagdad, y cuyo efectivo excedía de veinte mil.

Los franceses han ocupado, naturalmente, sin combate, Florina, en territorio griego, en la vía férrea de Salónica a Monastir.

Los zeppelines alemanes han atacado otra vez los departamentos orientales de Inglaterra.

Nada nuevo ha ocurrido en Armenia, Mesopotamia, Egipto y el frente austro-italiano. En este último, los italianos insisten en afirmar que los austriacos están concentrando numerosas fuerzas en el Trentino.

Los partes alemanes se muestran poco explícitos al referirse al sector de Verdun, pero en cambio, el

alto mando francés, que había dado ya por terminada la ofensiva enemiga, declara ahora que la batalla ha vuelto a adquirir extremada violencia. Los alemanes han ganado más terreno en la altura 304 y han ocupado algunas trincheras francesas en la otra orilla—oriental—del Mosa. La acción no ha terminado, y, por consiguiente, no sabemos si el actual empuje es a fondo o sólo tiene un carácter episódico. La situación en otros teatros podría aclarar la duda, pero no viene la luz de ningún punto.

Es significativo el hecho de que los partes rusos den cuenta hace días de ataques, reconocimientos y combates en las regiones del Norte y del Sur, mientras que los comunicados alemanes se limitan a declarar concisamente que no ha cambiado la situación en aquel frente. Tal vez se trate de alarmas de los moskovitas, engendradas por el recuerdo de lo que aconteció en mayo del pasado año; pero conocida la costumbre alemana de no revelar las grandes maniobras sino después de haberse obtenido un éxito inicial, podría ser también que en aquel frente se desarrollasen ya las fases preliminares de un nuevo empuje.

En resumen, el curso de la guerra está envuelto en densa obscuridad desde mediados de abril, y por ahora nada cabe afirmar en concreto, aunque si presumir que la acción principal no va a ejecutarse en Verdun. El tiempo es muy favorable a las operaciones; los austro-alemanes no lo desaprovecharán, y del lado de los aliados, tampoco a los rusos les conviene permanecer ociosos, dado lo quebrantada que está la nación y las privaciones que la acosan. Cuanto más tarden en emprenderse las operaciones activas, tanto más enérgicas serán. En otro concepto, hay indicios fundados de que en la calma de los días anteriores han intervenido los trabajos de la diplomacia, porque de seguro más adelante se sabrá que se están realizando o se han realizado en las últimas semanas, gestiones para llegar a la paz.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

8 de mayo de 1916